

## PARTE QUINTA.

PASO PRIMERO.

### UNA CASA DE VECINDAD.

.....mas, hijas,  
Una ración desdichada  
De veinte y un cuartos pagados  
Regularmente en tres pagas,  
Que son tarde mal y nunca,  
Para afileres no bastan.  
Y así es forzoso ingeniar-se.

DE UN INGENIO.

Entremos, lector amado,  
De vecindad á una casa,  
Y otra historia comencemos,  
Pues *lo que abunda no daña*.

Estoy contra este refran,  
Por que puede la abundancia  
En lo malo-estar, y entonces  
Lo que abunda al hombre mata.

Mas dejemos el paréntesis,  
Y volvamos á la casa  
De vecindad, sin meternos  
A correctores de nada.

Tiene en el patio diez cuartos  
O viviendas, si te agrada,

Donde vive jente pobre  
Que en la miseria se halla.

Pero que vive contenta,  
Sin pensar en el mañana,  
Porque en teniendo frijoles (1)  
Y tortillas (2), no se afana.

Un petate que arrimado  
De dia á un rincon se halla,  
Es el que en el suelo estiende  
Por la noche; y es su cama.

Con trapos bien enrollados  
Improvisan una almohada,  
Y lo mas, para cubrirse,  
Una rota y sucia sábana.

La cocina es una hornilla.  
En un rincon colocada,  
Donde cuecen los frijoles  
En una olla ya rajada.

Y unos cuantos trastecitos,  
Que *tinajero* le llaman,  
En la pared, por adorno,  
Se miran, puestos con gracia.

(1) Judias.

(2) Pan de maiz.

Para comer, el cuchillo,  
El tenedor y cuchara,  
Son los dedos, nada limpios,  
Que muy rara vez se lava.

Mas ya he dicho que esta gente  
De menos nunca echa nada,  
Así es que es la mas feliz  
Que en todo México se halla.

En las fiestas y paseos,  
Do quiera en fin que ella vaya,  
A comer ó à merendar  
Se sienta con gran cachaza.

De ella es el mundo, ella goza,  
Ella rie y ella canta,  
Y libremente disfruta  
De todo cuanto le agrada.

Y de la suerte que viven  
Las personas de esta casa,  
Viven en México todas  
Las de las viviendas bajas.

Pero advertir es preciso,  
Antes que adelante vaya,  
Que hay tambien en estos cuartos  
Personas bien educadas.

Personas cuyas viviendas  
Están limpias cual la plata,  
Y en donde se ven bien puestas  
Sillas y agradables camas.

Mas volviendo al edificio  
Do nuestra historia nos halla,  
Y dejando á los que viven  
En cuartos bajos en calma.

Subamos en el momento,  
Sin pronunciar mas palabras,  
A los altos, que es do vive  
La clase media ó mediana.

Es un corredor cuadrado  
Con cinco viviendas claras,  
Donde macetas con flores  
Se ven do quier colocadas.

Vive en una un retirado  
De la independenciam sacra,  
Con cinco hijos y una esposa  
Que Guadalupe se llama.

Vive en la otra un empleado  
Que no se emplea ya en nada,  
Porque se halla jubilado  
Aunque sin júbilo se halla.

No tiene hijos, pero tiene  
Una costilla tan cara,  
Que caro le cuesta al misero  
Carcer de que llevarla.

En la otra vive una viuda  
De un general de brigada,  
Que es *todita una señora*  
Segun ella se proclama.

Es una historia viviente,  
Que, sin cansarse, relata  
La vida de las vecinas  
Con todas sus circunstancias.

Es doña Anita su nombre,  
Mas fuera mejor llamarla  
Clarita, segun es ella  
De critica y de clara.

En la otra vive una jóven  
Muy honesta y recatada,  
Que tendrá unos quince Abriles,  
Y que Soledad se llama.

No tiene en su compañía  
Mas que una mujer anciana;  
Y los domingos tan solo  
Entra un jóven en su casa.

Un jóven á quien Mendivil,  
O bien primo, ella le llama:  
Hombre fino y de presencia  
Arrogante y buena cara.

Vive en la última vivienda,  
De la cual hablar nos falta,  
Uno que fué comerciante;  
Mas que quebró por desgracia,

Y que á corredor de número,  
Para mantenerse entrara,  
Y mantener á su esposa  
A quien ciego la idolatra.

El se llama D Hipólito,  
Y la muger doña Clara,  
Que aun conserva algunos restos  
De belleza, garbo y gracia.

Esta jente, pues, que vive  
En estas viviendas altas,  
Es el medio entre las clases  
Que se nombran alta y baja.

Es la clase que mas sufre:  
La que no goza de nada,  
Porque ser á medias pobre,  
El colmo es de la desgracia.

Que el pobre entero, contento,  
Vestido ó desnudo anda,  
Y sin vergüenza á ninguno  
Va do el deseo le llama.

Pero el que es á medias pobre;  
El que por decente pasa,  
Se avergüenza si á la calle  
Va sin levita ó casaca.

Quiere que nadie conozca  
La hambre y miseria que pasa;  
Y ¿el *qué dirán?* el tormento  
Es que sin cesar le mata.

El á un ejercicio bajo  
No puedè ocuparse en su ansia,  
Porque ¿*qué dirán las gentes?*  
¿*Qué dirán los que le tratan?*

El militar y empleado  
Que sus sueldos no les pagan,  
Antes quieren morir de hambre  
Que empañar su ilustre fama.

Porque ¿*qué dirán del uno*  
Que se halló en veinte campañas,  
Y del otro ¿*que dirán,*  
Los que antes le respetaban?

Esta honrilla les contiene  
Y su desventura labra;  
Y para ocultar miserias  
Se presentan de casaca.

Mas ¡que casacas, Dios mio!....  
De tanto limpiar gastadas,  
Sin pelo, de hechura antigua,  
Del tiempo en que el rey rabiaba.

De cuello donde metida  
Casi la cabeza se halla:  
De *punto de caramelo*,  
Es decir, sobre la espalda.

Con faldon de gallardete  
Que le llega hasta las tavas,  
Y que se abre, si camina,  
Como abre un buitre sus alas.

Pantalon negro, brillante,  
Por el uso y por la grasa:  
Angosto mucho, y tan corto,  
Que á los zapatos no alcanza.

Un chaleco tan raquítico,  
Que entre el pantalon y él se halla  
Un espacio, por do sale  
La camisa que fué blanca.

El sombrero es ya *gallina*,  
Pero gallina mojada,  
Aplastado de la copa  
Y colgando y rota el ala.

Mas si ellos así se encuentran,  
Sus familias desgraciadas  
Se mirán mas desprovistas,  
Sin duda alguna, de galas.

Quien tiene cinco hijas bellas  
Y á mas su costilla cara,  
Para salir á la calle  
Dos vestidos tiene en casa.

¿Quieren pasearse? dos salen:  
Las otras cuatro encerradas  
Quedan remendando ropa,  
Cubierta ya de puntadas.

Y así se van alternando  
De dos en dos las muchachas,  
Mientras se pasean unas,  
Quedándose otras en casa.

Así es que los dos vestidos,  
Ya los acortan ó alargan,  
Segun sean las que salen  
Chicas de cuerpo ó bien altas.

¡Pobres familias! bien dignas  
De otra suerte menos mala!....  
Familias que deberían  
Pasar una vida plácida.

Mas ¡ah! el gobierno las deja  
Perecer en la desgracia,  
Deteniendo al militar  
Y al empleado su paga.

Dándoles tercera parte  
Del corto sueldo que ganan,  
El día en que le conviene  
Consolar á tantas almas.

Vese la comisaría,  
Cuando se anuncia una paga,  
Llena de viejos soldados  
Y tristes viudas sin calma.

De ilimitados que sufren  
Sin límites duras ansias,  
Y se limitan, contentos,  
A una paga limitada.

¡Y afortunados el día  
En que algo por dicha agarran,  
Pues hasta un mes pasar suele  
Desde el aviso á la paga!...

Así es que todos los días  
A ver si algo les dan, marchan,  
Allá á la comisaría  
Donde horas bien tristes pasan.

Mas dejemos este punto,  
Y volvamos sin tardanza,  
A donde quedó la historia  
Que tenemos comenzada.

Entremos, por un momento,  
De doña Anita á la casa,  
Que con la esposa querida  
Del jubilado se halla.

Las dos son amigas íntimas,  
Y se cuentan lo que pasa  
Mutuamente ya en la calle  
O en las viviendas cercanas.

Mas oigamos lo que dicen  
Las dos vecinas amadas,  
Pues comiendo honra, sin duda,  
Del triste vecino se hallan.

—Pero escuchad, doña Anita:  
Yo me hago cruces, me pasma,  
El ver el lujo que tiene  
Nuestra vecinita Clara.

Los corretajes, yo creo,  
Que no dán tanta ganancia,  
Para gastar en vestidos  
De gros y de tarlatana.

—¡Corretajes!... buena es esa!...  
Si yo la contara, mi alma...  
Pero soy una señora,  
Y esto para callar basta.

—Pues ¿qué, le sabeis vos algo?...  
—Pues si su vida es un drama:  
Si me pusiera à contaros  
La vida de ella que es trájica...

Pero soy una señora,  
Como lo sabeis mi alma:  
Vuida del Sr. Torcuato,  
Un general de brigada.

Pero ya sabeis las cosas:  
El gobierno no nos paga,  
Y estamos todas las viudas  
Así á vivir obligadas.

¿Quién le habia de decir  
Al difunto, que en paz yaga,  
Que su Anita se vería  
Reducida á la desgracia!...

Pero volviendo à Clarita...—  
Mas antes me dais palabra  
De que entre las dos tan solo  
Quedará el secreto, mi alma.

—Por supuesto: dijo la otra,  
Que por saber ya rabiaba:  
Podeis fiaros de mi...  
—Lo sé bien, doña Bernarda.

—Porque á mí quitar el crédito  
Jamás á nadie me agrada...  
Como soy una señora...  
—Por supuesto.—Y muy honrada.—

Pues ha de estar, vecinita,  
En que la madre de Clara,  
Estaba de cocinera,  
Del comercio 'en una casa.

—¿Qué me decís, doña Anita?  
—Lo que estais oyendo, mi alma;  
Y en su compañía entonces  
Clarita tambien estaba.

—¡Jesus! que cosas se ven...  
—Cosas que parecen fábulas.  
Pero volviendo á la historia,  
Escuchad, doña Bernarda.

El principal de la tienda  
Se prendó de la muchacha,  
Y ahí teneis que fué señora  
De la noche á la mañana.

Casóse con ella el necio,  
Sin notar en la distancia  
Que habia allí de ella á él,  
Y fué señora fulana.

Por supuesto que la madre  
Tambien de la doña Clara,  
Ascendió de cocinera  
A costurera de casa.

Así vivieron un tiempo;  
Pero como dice, mi alma,  
Un refran que, al fin al monte,  
Y es verdad, tira la cabra.

Prendose de un dependiente  
De su esposo, la malvada,  
Y le hizo saber su amor  
Con señas y con palabras.

—Me estais contando unas cosas  
Que me tienen admirada.

—Ya veis, soy una señora,  
Y la verdad digo clara.

—¡Por supuesto ¿quién lo duda?  
¡La viuda de una brigada!....  
—De una brigada no: viuda  
De un general solo, mi alma.

—Es lo mismo.—Pues siguiendo  
Nuestra historia comenzada:  
El dependiente parece  
Que no fué ingrato á sus ansias.

Mas por fortuna, el esposo  
Sorprendió algunas miradas,  
Y temiendo al dependiente  
Lo despidió de su casa.

Mas poco alcanzó con esto,  
Porque empezaron las cartas  
A hacer un fuego graneado  
Por medio de una criada.

Pero el dependiente á poco,  
Dejó de verla y hablarla,  
Porque de otra enamorose  
Hermosa jóven y cándida.

Mas cuando llegó á saber  
Que por otra la olvidaba,  
Juró vengarse del hombre  
A quien se rindió su alma.



Y comprando con dinero,  
De él á una infame criada,  
Un veneno en la comida  
Le dieron que le matara.

—¡Jesus, Jesus, qué delito!...  
Esclamó doña Bernarda.  
¿Y murió?—No: porque un médico  
Le salvó de grande fama:

Pero quedó padeciendo  
Siempre el infeliz mil ansias,  
Y vino á morir al fin,  
Al cabo de tres semanas.

De resultas del veneno  
Que hizo que le dieran Clara.  
—Buena vecina tenemos:  
No sabia yo sus gracias:

—Mas no le conteis á nadie  
De esto, dijo Anita, nada.  
Porque soy una señora...  
Y ya veis...—Vivid en calma.

—Despues, prosiguió diciendo  
Doña Anita, la desgracia  
Hizo que su esposo Hipólito,  
Que es un buen hombre, quebrara.

Y al mirarse en la pobreza,  
Vinieron á aquesta casa,  
Y la vivienda que tienen  
Desde entonces alquiláronla.

—Pero ¿qué, los corretajes,  
Advirtió doña Bernarda,  
Dán para el lujo que ahora  
Con tanta profusion gasta?

—Esa es, vecina otra historia.  
El usurero Jil Lárraga,  
La protege, pues el pobre  
Del marido es un Juan Lanás.

—Es verdad: entrar le veo  
Constantemente á su casa.  
—Cuando yo os lo digo, creo....  
Soy una señora y basta.

El quiso, una vez que á verle  
Fuí para que me prestara  
Alguna cantidad corta  
Sobre unas cuantas alhajas,

Relacionarse conmigo....  
Pues.... mas llevó calabazas:  
Porque soy una señora,  
Como vos sabeis, mi alma.

Que aunque mal me esté decirlo,  
Soy toda una generala:  
Esto es, toda una señora,  
Y no hay en mi honra una mancha.

—¡Oh! quién lo duda!.... la esposa  
General de una brigada  
—Ya vereis....—¡Oh! por supuesto....  
—Yo: toda una...—Pues, vos... vaya...

Mas la del número uno?...  
—¿Quién, Soledad? Otra maula...  
¿No sabeis quién la mantiene?...  
—¿Ese que cada semana?...

—El mismo: Felix Mendibil:  
Dependiente de la casa  
De D. Braulio Flan, que viene  
Los domingos á obsequiarla.

¡Pobre cajon!... Pero vedle:  
Miradle, doña Bernarda,  
Hoy es Domingo: ya sube,  
De Soledad á la casa.—

Y ambas, tras de la vidriera  
Que hácia el corredor miraba,  
Se pusieron á observar  
Al hombre que ya llegaba.

Era D. Félix un jóven  
De una estatura mediana,  
Bien formado, suelto y ágil,  
Y de faz muy agraciada.

Como unos veintidos años  
Tener de edad demostraba,  
Y en los sus ojos rasgados  
La franqueza revelaba.

Era honrado á todo prueba,  
Y D. Braulio le apreciaba  
Por su conducta intachable,  
Como á un amigo se ama.

—Es un arrogante mozo,  
Esclamó doña Bernarda,  
Al tiempo que á la vivienda  
De su Soledad entraba.

Mas veamos entre tanto  
Que estas murmuronas charlan,  
Y á las vecinas el crédito  
Quitau sin temor á nada,

A los dos tiernos amantes  
Que llenas de amor sus almas,  
Sentados frente uno de otro  
En este momento se hallan.

Es Soledad una jóven  
De esbelto cuerpo, delgada,  
Amable tierna, amorosa,  
De alma celestial y cándida.

En sus ojos grandes, negros,  
Sombreados por las pestañas  
Sedosas que los adornan,  
La pureza está pintada.

Es la su frente espaciosa,  
Muy mas que la nieve blanca:  
Su boca un boton que se abre  
Al suave halago del aura.

Sus mejillas son dos rosas;  
Y el dulce aroma que exhalan,  
El embriagador aliento  
Que hace adormecer el alma.

Sus labios son de claveles:  
Sus dientes perlas mas blancas  
Que la nieve ó que la espuma  
Que del mar las olas alzan.

Su pelo abundante y negro,  
Notablemente contrasta  
Con su cuello alabastrino  
Que Venus misma envidiara.

Es un conjunto perfecto  
De virtudes y de gracias:  
Una muger pura, hermosa,  
Dulce, agradable, simpática.

Humilde el traje es que tiene,  
Pero hecho con gracia tanta,  
Que se cree es de tela rica,  
Su vestido de indiana.

La habitacion en que vive  
Pobrementemente está amueblada,  
Aunque el aseo y limpieza  
Se nota en toda la estancia.

Mas de Soledad oigamos  
Las amorosas palabras;  
Que en este instante dirige  
Al hombre tierno que ella ama.